

IMPULSEMOS EL MOVIMIENTO PEDAGÓGICO Y SOCIAL
“TODOS POR UNA EDUCACIÓN DE CALIDAD”

Declaración de Cartagena de Indias
26 de octubre de 2011

Cientos de colombianas y colombianos nos reunimos en la ciudad de Cartagena de Indias, entre el 24 y el 26 de octubre de 2011, para tratar el tema de una educación de calidad en el acto central de una movilización que comenzó hace más de seis meses. Durante este tiempo, tratamos de discernir en más de 40 mesas de trabajo y precongresos ese concepto que desde hace casi treinta años orienta las políticas educativas en el mundo entero, pero que también desde entonces es motivo de confusiones y discusiones. Pero, sobre todo, fuimos develando la realidad de la educación en nuestro país ante ciudadanas y ciudadanos que se dan cita hoy en este IV Congreso Nacional y I Iberoamericano por una Educación de Calidad. Así, se nos reveló un panorama de luces y sombras, donde, junto a valiosas experiencias que nos dan pistas de lo que podría ser la educación que queremos, nos contagiamos de los saberes y valores de nuestras maestras y maestros, y apareció la imagen gris de un sistema esclerótico que no ensancha la calidad de la educación.

Muy a pesar de los esfuerzos, la mala educación nos gana la batalla. Nos sentimos incómodos en ella; bien sea porque sabemos secretamente que sus propósitos y contenidos no son pertinentes para nuestra vida, bien porque sentimos que reprime nuestro talento y nuestras expectativas. El malestar se generaliza cuando se hace evidente que la educación sigue en deuda con la formación de mejores ciudadanos y la construcción de una mejor sociedad, a pesar de decenas de declaraciones que datan de los días en que se fermentaba la constitución de nuestro país.

Las alarmas están prendidas. Se dispararon al registrar los mediocres resultados que obtenían nuestros estudiantes en las pruebas internacionales en matemáticas, ciencias y lenguaje; en el ámbito nacional, nos alertaron sobre lo poco que logran comprender de lo que leen y sobre la ausencia de una posición crítica frente a lo que comprenden, para no hablar de los ínfimos niveles de pensamiento que alcanzan. Sin embargo, lo dramático ocurre más allá de lo que las pruebas evalúan: en la vida social, cultural y productiva la educación no ha sido el factor de movilidad que consolide la democracia.

Consumada la tragedia, nuestros académicos, investigadores, economistas y estadígrafos han estudiado sus características. Encuentran cifras, estadísticas; comparan estos resultados de los estudiantes con aquéllos, los de otros, los obtenidos en años anteriores, aquí y en otras latitudes. Son casi tan elocuentes como los

médicos. Su diagnóstico nos anestesia y produce esa ansiedad que siente quien ve la inminencia de pasar al quirófano.

En este escenario afrontamos la necesaria reflexión que exige el fenómeno. Las preguntas y dudas que nos asaltan empañan a veces nuestra visión, pero, no impiden que tomemos una posición, que “ante el océano de incertidumbres encontremos archipiélagos de certezas”. La primera de ellas, que la educación es un derecho fundamental que el Estado está obligado a garantizar. A partir de este principio irrenunciable, hacemos todo lo posible por evitar los reduccionismos en nuestras interpretaciones, asumimos nuestras propias contradicciones y forjamos acuerdos, con plena conciencia de que no buscamos posiciones monolíticas y con la esperanza de componer una gran polifonía en la que se tiemplan las notas de nuestras regiones, culturas, hombres y mujeres. Sabemos que la diversidad de pensamiento es nuestra mayor riqueza y que existen tensiones que no se van a resolver por el toque de la varita mágica de la buena voluntad. ¿Es posible esto en un país que urge desesperadamente de una verdadera descentralización en su interior, pero que, a la vez, depende en muchos casos de los dictámenes de un centralismo mundial? ¿Podemos hacer realidad nuestros anhelos en un país donde hemos negado más de tres veces lo innegable? Creemos que sí, que si es necesario es porque es posible, pero que lo posible no se logra con más de lo mismo. No queremos que se profundicen las políticas que no han producido mejoras de la calidad de la educación en ninguna parte del mundo.

Eso sí: Queremos una política basada en la filosofía, la sociología, la antropología, la psicología y, sobre todo en la pedagogía, la ética y la estética, para mejorar la calidad educativa. La economía, la administración, la ingeniería y la estadística han copado muchas de las medidas que hasta ahora se han adoptado. Aumentar las horas de clase, centrar la gestión en el rector, disminuir el número de estudiantes en el aula, dotar los colegios de tecnología, son medidas de gestión educativa, no de pedagogía. Y aunque necesarias, son solo medidas de soporte, por las cuales, hasta ahora, que se sepa, no se han producido mejores seres humanos y mejores sociedades.

Y aquí estamos. Representamos a miles, pero no somos un número; somos, todos nosotros, mujeres y hombres, con nuestras virtudes y defectos, el testimonio viviente de lo que es la educación en nuestro país. Hemos constituido un movimiento de la sociedad civil, independiente de los lineamientos gubernamentales. Juntos, todos nosotros, venimos a convocar a los que no están, a este país diverso y de regiones, a sumarse a un movimiento que puede tener el secreto de una mejor educación, la misma por la cual lucha la movilización que han protagonizado profesores, estudiantes y entidades en la defensa y fortalecimiento del derecho a la educación universitaria de calidad en nuestro país y en América Latina, con quienes nos solidarizamos.

Necesitamos innovar y transformarnos. Pero al tiempo que innovamos en los microuniversos escolares es necesario innovar en el macrouniverso educativo. Necesitamos de toda nuestra energía y nuestra inteligencia para generar nuevas comprensiones de lo que debería incluir una nueva postura del país sobre el sentido y los fines de la educación, y sobre lo que hemos de entender como calidad de la educación. Necesitamos de toda nuestra creatividad para forjar nuevas praxis que desarrollen lo que hemos postulado en estos últimos seis meses a lo largo y ancho del país: integralidad de la formación de nuestros estudiantes, pertinencia social, contextual e individual de la educación, procesos de pensamiento y convivencia, conocimiento de nosotros mismos, de los otros y del contexto.

Esas son las tareas principales que asumimos. Para cumplir con ellas convocamos a todas y todos. Los llamamos a realizar todos los esfuerzos para ponernos de acuerdo en los fines y estrategias que supone una nueva política para una educación de calidad en el país. Pero cuando decimos “todas y todos”, a la vez que invocamos la necesidad de que hagamos esfuerzos por mejorar la calidad de la educación, hacemos un llamado a revisar nuestros intereses, a transformarnos a nosotros mismos, a aprovechar nuestras proximidades tanto como nuestras distancias en procesos que necesitan tiempo para florecer. Nadie puede pedir que cambie la educación sin cambiar él mismo. Así, cuando decimos “todos y todas” evocamos un país a la altura de nuestros pies y a la llanura de nuestros sueños.

Hemos creado un Consejo Nacional de Educación de Calidad que tiene entre sus propósitos cohesionar a la sociedad en torno a unos fines y estrategias, a interpelar a las autoridades tanto como a colaborar con ellas. De sus múltiples discusiones ha resultado un documento que le da sustento a un Acuerdo Nacional por una Educación de Calidad que los instamos a discutir y firmar. Los llamamos a construir colectivos democráticos desde las instituciones educativas, que son el corazón de cualquier transformación posible, desde las localidades, municipios, departamentos y regiones. Los convocamos a actuar conjuntamente, a vigilar a todos quienes orienten nuestras acciones y, tal vez, a encontrar de esta forma esa segunda oportunidad de la que algunos visionarios nos hablaron hace ya mucho tiempo y que ya se asoma en el horizonte.

En constancia de su aprobación, firman: